

OPINIÓN



Por INMACULADA SANFELIU (*)

Los zumos brasileños aceleran su 'OPA hostil' en Europa

El 6 de marzo de 2018, Vicente Bordils describió desde esta tribuna cómo, tras las entretelas de las negociaciones del Acuerdo de Asociación de la UE con Mercosur, se estaba gestando una auténtica "OPA hostil" del zumo brasileño sobre la industria europea. Días después, el sector agrario reclamó explicaciones a Bruselas sobre la marcha de estas conversaciones. Su respuesta frente al temido desarme arancelario a los jugos del primer productor mundial, ya entonces, nos dejó —en palabras de nuestro histórico presidente— "patidifusos": "Se considera necesario conceder un acceso arancelario preferencial (...) a fin de lograr un equilibrio entre las concesiones". Más de un año antes de su firma, Bruselas dejaba claro que no le preocupaba lo más mínimo situar las plantas transformadoras europeas a los pies de los caballos, desprotegidas frente a una competencia barata e inasequible, acaparada por tres gigantes multinacionales brasileñas.

El 9 de julio de 2019, también en estas páginas y días después de la firma del acuerdo comercial entre los países miembros de Mercosur (Brasil, Argentina, Uruguay y Paraguay) y la Comisión Europea (CE), su sucesor al frente del CGC, Manuel Arrufat, volvió a alertar sobre el oscurantismo con el que se habían llevado las negociaciones en su último y más decisivo tramo. Los damnificados europeos desconocían aún las nuevas rebajas aduaneras pactadas para casi todos los insumos agrícolas mientras los beneficiados —que sí habían formado parte activa de las conversaciones— celebraban su hazaña. Desde hace años que, jugando con información privilegiada, tres grandes corporaciones industriales del jugo de naranja —Citrosuco, Cutrale y Dreyfus— vienen preparando su nuevo desembarco en Europa.

Más recientemente —el 4 de febrero de 2020— y también desde esta misma columna, quise poner el acento en las graves consecuencias medioambientales que la implementación del tratado podría acarrear y que desde Bruselas se empeñaban en olvidar. Los hechos son tozudos y nos han dado la razón. Eran augurios nada meritorios, pero es lo que tiene empeñarse en dar la espalda a la realidad, que al final emerge como el aceite sobre el agua.

IMPACTO DIRECTO SOBRE EL CITRICULTOR ESPAÑOL

Con todo, el impacto ambiental de ese modo tan intensivo y latifundista de producir que se da en Brasil o Argentina repercutirá a los dos lados del Atlántico. De un lado, la UE recompensará con la apertura sin arancel de su mercado a un modelo productivo que es antagónico con el

europeo. Del otro, la progresiva destrucción del sector transformador español dejará sin salida, sin posible medio para valorizar cada campaña entre el 10 y el 20% de las cosechas, las que hoy se destinan a hacer zumos de naranja o clementina. ¿Qué destino le daremos entonces a los 1,2/1,5 millones de toneladas que no reúnen la condición para el mercado en fresco?: ¿Alguien es capaz de imaginar salida más noble y sostenible para ese volumen de cítricos? Me refiero a esa fruta que, a pesar de sus excelentes condiciones, necesariamente tiene que desviarse a industria por defectos en la piel y/o pequeño calibre. Si se abandonara a su suerte en los campos, ¿imaginan el impacto ambiental derivado de sus lixiviados?: ¿Son conscientes del reservorio de plagas que ello supone?

A buena parte del sector le preocupan las facilidades que el tratado brindará a la importación de naranjas, mandarinas y limones. Inquieta el riesgo fitosanitario (por la llegada de plagas y enfermedades) que la intensificación del tráfico de ultramar conllevará. Y tienen motivos, pero todo eso será una cuestión menor si la industria española —incapaz de competir por costes de producción y logísticos con la brasileña— se hunde. ¿Quién establecerá las cotizaciones mínimas en origen?: ¿Quién contribuirá a valorizar el 100% de la producción ofreciendo una salida remuneradora y respetuosa con el medioambiente?

No lo duden, la factura la pagará toda la citricultura, pero muy especialmente se cebará con el agricultor.

OPOSICIÓN CRECIENTE

Hasta no hace demasiado, la oposición al tratado se reducía a los ecologistas. Macron —cuando se ultimaba su firma— fue el primero en amagar con vetarlo porque

Bruselas, con sus acuerdos, deja a las plantas transformadoras europeas a los pies de los caballos

Tres grandes empresas industriales de jugo de naranja —Citrosuco, Cutrale y Dreyfus— preparan su desembarco en Europa

era evidente que el ejecutivo de Bolsonaro no quería cumplir con los compromisos del Acuerdo de París contra el cambio climático. Semanas después de su firma llegaron un sinfín de pavorosos incendios en el Amazonas y la concesión de multitud de permisos para el uso masivo de pesticidas prohibidos en la UE por su toxicidad e impacto.

Una vez iniciado el proceso de ratificación del acuerdo, las débiles costuras con las que se tejó han saltado. Dificilmente se podría seguir soslayando en Europa el debate sobre las implicaciones medioambientales cuando es la propia CE la que ha acelerado el impulso a estas políticas (Pacto Verde y el acuerdo de la 'Granja a la mesa' o más recientemente, con la presentación de un plan para reducir drásticamente las emisiones de gases de efecto invernadero). Cada paso que se da en esta dirección alimenta el agravio comparativo con las políticas de Bolsonaro: en las elecciones de 2018 prometió eliminar el Ministerio de Medio Ambiente y criticó con dureza la "industria de multas" contra los delitos ambientales (algunas de ellas aplicadas contra las gran-

des zumeras brasileñas). Finalmente se arredró y no disolvió ese departamento pero, desde su llegada al poder, Bolsonaro no ha hecho sino vaciar presupuestariamente, cuestionar y menguar la capacidad de acción de los órganos responsables de las tareas de control ambiental. Me refiero al INPE, que monitoriza vía satélite la deforestación, y al IBAMA, que utiliza las alertas del INPE para perseguir tales delitos. Y así han vuelto a sucederse las ocupaciones de espacios protegidos tras los nuevos incendios de este verano por parte de grandes corporaciones agroganaderas.

No es de extrañar, por tanto, que las fuerzas ecologistas, apoyadas por otros grupos ideológicos, hayan logrado que parlamentos de Austria y Holanda rechacen anticipadamente el acuerdo. Y, más allá de la Amazonia y de Jair Bolsonaro, Bélgica, Francia e Irlanda han sumado reparos comerciales a los ambientales. A mediados de agosto —y esto son ya palabras mayores— la canciller de Alemania, Ángela Merkel —como presidenta de turno del país que este semestre dirige la UE— declaró que tiene "serias dudas" sobre el acuerdo UE-Mercosur.

COMMODITIES VS ZUMO ESPAÑOL

El zumo de naranja es solo una parte —sustancial, eso sí, porque Brasil es, con muchísima diferencia, el mayor productor del mundo— de una macrooperación de mayor calado vinculada con el comercio mundial de commodities. Soja, maíz, café, azúcar... viven hoy, además y gracias al aumento de la demanda provocada por la pandemia y a la escalada de la cotización del dólar, una época dorada. Mientras las exportaciones brasileñas se disparan, los precios de los alimentos básicos de los brasileños también lo hacen. Europa —el

mercado más codiciado— está en la diana de estas corporaciones. En el caso del zumo de naranja, el Viejo Continente es, más si cabe, prioritario porque en su otro gran mercado, EEUU, Brasil se está topando con México, que ha aprovechado su ventaja de proximidad y arancelaria para, con unos costes análogos, superarlos en ventas.

Para España, sin embargo, el zumo de naranja no es un commodity. Es un producto que se cuida, que tiene un valor propio. Su producción se centra en el proceso más respetuoso con las cualidades organolépticas de las naranjas y clementinas, el zumo directo o 100% exprimido, que solo requiere de una pasteurización previa para ser envasado.

Brasil, especializada en el concentrado (al que después se le añade agua cuando llega a destino para reconstituirlo) descubrió las bondades de este sistema hace lustros. Volcó su proceso de producción y adaptó su logística y transporte en grandes buques para arrebatar a la industria española la cuota que aún hoy conserva en la UE. Bruselas accedió a cederla a Brasil y firmó un tratado que eliminará antes (en 7 años) los aranceles de este tipo zumo que los del concentrado (en 10 años).

La oposición al tratado es más que posible que mengüe con el tiempo. Hay demasiados intereses industriales y geopolíticos como para no pensarlo. Mientras tanto, Citrosuco se ha deshecho de la fábrica que tenía alquilada en Córdoba y que servía únicamente para 'sondear' el mercado del zumo directo y ahora se desahoga: ya ha consolidado el tráfico, no ya por sus bases con terminales propias en los puertos del norte de Europa, sino por el mismo recinto de Huelva. Dreyfus —el gigante mundial de las commodities— ha encargado a unos astilleros construir dos grandes buques para reforzar su propia flota e intensificar los envíos de este tipo de jugo a Europa... La 'OPA hostil' que anunció Bordils sigue su curso.

(*) *Presidenta del Comité de Gestión de Cítricos*



El zumo directo español es un producto muy cuidado, sometido a multitud de pruebas de calidad para conservar las propiedades organolépticas. / CGC